

Rogan, Eugene, *Los árabes. Del Imperio Otomano a la Actualidad*. Barcelona, Crítica, 2010, 846 pp.

Por Javier Lion Bustillo
(Universidad de Cádiz)

En los últimos años se ha producido una gran proliferación de publicaciones cuya temática se ha centrado en el Mundo Árabe y el Islam, respondiendo así al hecho de que los medios de comunicación hayan situado a esos sujetos en el centro de la atención mundial. No obstante, dicha literatura (a la que, siendo benévolo, podríamos tachar en no pocos casos de irregular desde un punto de vista científico) se ha dirigido fundamentalmente en el tema del islamismo radical y el terrorismo, al tiempo que se dejaba de lado la comprensión de la formación de los Estados-nación en el Norte de África y el Oriente Medio, así como el surgimiento y desarrollo de la ideología nacionalista. El resultado de ello era la tendencia a observar el desarrollo del islamismo como un simple reflejo político de unas sociedades arcaicas, las cuales no habrían sido capaces de adaptarse a los modernos Estados-nación, de tal modo que la religión, que continuaba siendo el principal elemento aglutinante, constituiría el principal instrumento de movilización política.

El presente libro constituye un instrumento útil para comprender de manera global la evolución política de los pueblos árabes en los últimos siglos, buscando el aportarnos una visión de conjunto que permita comprender algunos fenómenos comunes a toda la región, tales como el autoritarismo político, la influencia del panarabismo, la solidaridad con la causa palestina o las dificultades en las relaciones con Occidente. De hecho, el profesor Rogan, heredero de la magnífica escuela de arabistas del Departamento de Estudios Orientales de Oxford liderada por el difunto Albert Hourani, parte para la comprensión del Mundo Árabe actual de ese laboratorio de proyectos reformistas que constituyó el Imperio Otomano tardío. De hecho, Rogan nos muestra cómo los sultanes otomanos fueron conscientes de la debilidad de su Estado en los siglos XVIII y XIX frente a las potencias europeas y a las revueltas internas, lo que, si recordamos a Samuel Huntington, podemos denominar “el Dilema del Rey”, consistente en la dificultad de elegir entre el mantenimiento del orden existente, el cual puede ser inadecuado para hacer frente a las nuevas

circunstancias, y una reforma que puede acarrear una desestabilización demasiado fuerte, lo que conduciría igualmente al hundimiento del sistema. De hecho, Rogan apunta a que fue la opción reformista la que acabó aniquilando tanto el Imperio Otomano como los centros periféricos que se opusieron a éste (tales como los jedives egipcios), ya que todos ellos optaron por financiar sus reformas mediante el crédito europeo. No obstante, el ritmo de desarrollo alcanzado fue muy inferior al necesario para devolver dichos empréstitos, por lo que el endeudamiento con Occidente condujo a una creciente influencia europea en la zona (imponiendo sus propias reglas a los gobernantes locales) y a una política abiertamente imperialista.

Otro momento destacado en la región lo constituye el surgimiento de los nacionalismos. La valoración del nacionalismo árabe ha estado marcada tradicionalmente por dos corrientes: la de quienes lo consideran como el resultado natural de la opresión a la que los árabes habrían estado sometidos por turcos y europeos; y la de quienes creen que los árabes se mostraron inactivos ante el poderío otomano y que su movilización nacionalista habría resultado muy débil, escondiendo lo que no sería sino una resistencia en términos tradicionales de una comunidad musulmana al dominio de otros grupos religiosos, combinada con las excesivas ambiciones territoriales árabes (tesis expuesta, por ejemplo, por el matrimonio Karsh en *Empires of Sand*). Rogan opta por una postura mucho más sutil, ya que reconoce por un lado que la revuelta antiturca de Hussein del Heyaz no hizo sino dividir a los árabes, al tiempo que considera que el nacionalismo árabe habría respondido a factores como la modernización económico-social o el impacto de otros movimientos nacionales. Así, esta tendencia política entroncaría con las características propias del nacionalismo en otras áreas, por ejemplo la Europa Oriental.

El autor nos aporta una valiosa visión de los acontecimientos de la partición de Palestina y la guerra árabe-israelí de 1948, en la que destaca su énfasis en la división interna en el bando árabe, en el cual Cisjordania luchaba por expandir su territorio, los nacionalistas palestinos buscaban crear un Estado propio y los países vecinos trataban de evitar ambas posibilidades, todo lo cual conllevó la derrota militar y la creación de un contencioso que ha emponzoñado la dimensión exterior e interna de

la política de los Estados árabes hasta nuestros días. De hecho, la derrota de 1948 favoreció el reforzamiento de un nacionalismo panarabista que había visto en la Nakba (el Desastre) la consecuencia de la división entre árabes, lo que debía ser corregido mediante la unificación política. Estas tesis alcanzaron un muy elevado grado de legitimidad popular, por lo que los diferentes gobiernos árabes se adhirieron a ellas de manera retórica, si bien en la práctica predominaron las rivalidades entre ellos. El mayor impulso panarabista fue fruto de la emergente figura del Presidente egipcio Nasser, pero ello suscitó asimismo fuertes resistencias, de tal modo que en los años 60 el nacionalismo árabe entró en una evidente fase de declive.

Por el contrario, el nacionalismo palestino alcanzó un gran desarrollo, ante la evidencia de que la acción conjunta árabe se mostraba incapaz de alcanzar progresos en el camino de la resolución del contencioso israelo-palestino. En esta época también se percibió la influencia de la Guerra Fría en el Oriente Medio y Norte de África, ya que los distintos Estados vieron necesario el aliarse con alguna de las superpotencias como mecanismo para garantizar su defensa frente a amenazas exteriores e interiores. Las interpretaciones de este impacto varían entre quienes consideran que dicho efecto tuvo un gran calado (Fawaz Gerges) y quienes tienden a limitarlo (Fred Halliday), considerando que más bien fueron los Estados de la región los que fueron capaces de utilizar las tensiones Este-Oeste para maximizar sus intereses, lo que se reflejó en aspectos como la crisis del petróleo de los 70.

Rogan subraya preferentemente el carácter autónomo de la política árabe con respecto a la influencia de las superpotencias en episodios como la Guerra del Yom Kippur o los acuerdos de Camp David, de manera que resalta la fluidez de las alianzas en la zona y el carácter voluble de las mismas, dependiendo de los intereses existentes en cada momento.

La parte final del libro se dedica a analizar fenómenos como el auge del islamismo, el impacto de un sistema mundial unipolar o el fracaso del proceso de paz árabe-israelí, partiendo de la base de que el final de la Guerra Fría condujo a un nuevo intento por parte occidental (en este caso estadounidense) de imponer sus normas al Mundo Árabe, lo que explicaría precisamente las resistencias surgidas

y el fracaso final del proyecto ejemplificado en la denominada Guerra contra el Terror.

La llegada de Obama a la Casa Blanca abriría unas nuevas perspectivas de encontrar un acomodo político entre la gran superpotencia y los pueblos árabes, basado en el diálogo y los intereses respectivos, y no en la imposición unilateral, lo que constituiría una ruptura con lo que han sido las relaciones entre los árabes y Occidente en los últimos dos siglos.

Y precisamente esta posibilidad conduce al profesor Rogan al optimismo, considerando que el devenir de los acontecimientos en los últimos años induce a pensar que los árabes poseen hoy en día unas circunstancias estructurales más favorables para superar su tradicional atraso en el ámbito del desarrollo humano y para alcanzar unas condiciones vitales caracterizadas por una mayor libertad y justicia.

En resumen, podemos decir que esta obra resulta muy útil como aportación global al entendimiento de la evolución de los pueblos árabes en los últimos siglos, siendo capaz de situar en su contexto adecuado fenómenos como la explosión islamista, la relevancia de la cuestión palestina o las tendencias autocráticas de los gobiernos árabes, las cuales sólo poseen sentido dentro de su marco histórico-cultural.

Dentro de un tema de estudio tan extraordinariamente amplio, su elección de los acontecimientos más relevantes resulta muy acertada, al igual que es elogiable la fluidez con la que aborda su relato, el cual se combina acertadamente con algunos testimonios personales de distintos protagonistas de tales episodios, contribuyendo así a otorgarles una perspectiva más personalizada.

Por el contrario, esa misma profusión de acontecimientos hace que se eche en falta una mayor profundización en la evolución social de los árabes, la cual podría ser útil a la hora de explicar la tendencia por parte de los gobernantes a dar prioridad a su seguridad interna con respecto a las amenazas exteriores, explicando en este caso el doble juego de esos mismos gobiernos en episodios como el contencioso palestino-israelí.

En cualquier caso, se trata de una obra enormemente útil para cualquier estudioso del Mundo Árabe y para quienes desean que sus conocimientos de la región vayan más allá de los

enfoques simplistas imperantes a menudo en los medios de comunicación.

Service, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2010, 586 pp.

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez
(Universidad de Cádiz)

La Historia de Rusia durante el siglo XX es probablemente una de las temáticas historiográficas más interesantes tanto para el investigador profesional como para el mero curioso debido a las implicaciones que alberga. Así, el territorio ruso quizá sea el que ha experimentado mayores transformaciones de carácter político y socio-económico a la largo del siglo XX, evolucionando desde un Imperio plurinacional y autocrático a un sistema capitalista de democracia imperfecta, pasando por un régimen de socialismo real y partido único con fuerte trascendencia internacional.

El análisis, por tanto, de esta realidad se presenta como ineludible para comprender el devenir histórico de la última centuria. Esta tarea, sin embargo, no ha sido posible realizarla con éxito hasta estos últimos años con la caída del régimen soviético y la apertura de buena parte de sus archivos, hasta este momento inéditos, que han permitido desentrañar algunos de los entresijos de lo que acertadamente Churchill calificó como “el enigma ruso”.

Probablemente entre los investigadores que se han dedicado a esta tarea cabe destacar la labor de Robert Service no sólo por su dedicación, sino también por su capacidad de divulgación de sus trabajos, centrados especialmente en los años de la Revolución de octubre y los gobiernos de Lenin y Stalin. En este caso, la obra amplía estos horizontes ofreciendo una visión en perspectiva de la historia de Rusia a lo largo del siglo XX con una prosa amena y bien hilvanada que sin duda responde a la mejor tradición de la historiografía británica.

A comienzos de la pasada centuria el régimen autocrático zarista era una estructura en descomposición sobre un territorio plurinacional y heterogéneo en él que convivía una sociedad campesina tradicional y mediatizada por las supersticiones y el poder de la Iglesia ortodoxa con una naciente sociedad industrial en las grandes ciudades que reclamaba derechos y libertades. En este contexto, el desarrollo de políticas claramente erróneas por parte del zar

Nicolás II, en las que se combinaron intentos de reforma política interna titubeante con fracasos y derrotas en el exterior frente a otras potencias fronterizas, principalmente Alemania y Japón; permitió, en último término, el arraigo de diversas tendencias de carácter socialista entre grupos de intelectuales y obreros.

Estos grupos subversivos encontraron en el campesinado descontento un aliado muy importante a la hora de poder realizar protestas y propuestas de cambio en un país que, en el fondo, se encontraba mediatizado por una estructura social y cultural agraria y conservadora que impedía la realización, en principio, de cualquier tipo de revolución. Será en 1917 cuando estas protestas estallen en forma de movimientos revolucionarios, primero en febrero y más tarde en octubre, facilitando la llegada al poder de una minoría socialista revolucionaria encabezada por Lenin. Esta minoría de gobierno tendrá que hacer frente a la construcción de un nuevo Estado en un contexto claramente inapropiado marcado por una fuerte oposición interna (desde los antiguos grupos de poder zarista a otras tendencias mayoritarias dentro de los liberales y los socialistas) y una situación internacional preocupante mediatizada por el avance del káiser en la I Guerra Mundial.

El desarrollo de políticas estratégicas inteligentes de consolidación gubernamental, en él que fue ineludible la combinación de actividades de “persuasión” con el empleo de altas dosis de violencia política permitió finalmente a este pequeño grupo salir victoriosos de una Guerra Civil en que se eliminaría toda oposición, permitiendo al grupo de Lenin desarrollar un nuevo modelo de Estado basado en la economía planificada y un modelo de gestión autocrática sustentada en un único partido. La consolidación de este modelo de Estado, como etapa dentro de la construcción del socialismo real al que aspiraban las teorías leninistas, sería culminada bajo el largo mandato de Stalin, que sentaría las bases del Estado soviético que habría de jugar un papel fundamental en la segunda mitad del siglo XX, no sólo como oponente del mundo capitalista occidental, sino también como guía y modelo de los nuevos Estados socialistas surgidos en otras partes del mundo (China, Europa del Este, Cuba,...).

En esta primera fase de consolidación del nuevo modelo soviético jugarían, sin duda, un papel clave factores como las diatribas en cuanto al